

Yo me crié entre bien y mal

} TRADUCTION pour PS
à rendre entre le 23 et le 27 juillet

Es menester que sepáis, hijos míos (por si no os lo he dicho), que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponía a todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las más, flaqueaba en cuanto la veía afligirse o incomodarse demasiado, y ésta fue la causa porque yo me crié entre bien y mal, no sólo con perjuicio de mi educación moral, sino también de mi constitución física. Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: quería yo su rosario, el dedal con que cosía, un dulcecito que otro niño de la casa tuviera en la mano, o cosa semejante, se me había de dar en el instante, y cuenta como se me negaba, porque aturdía yo el barrio a gritos; y como me enseñaron a darme cuanto gusto quería, porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto. Si alguna criada me incomodaba, hacía mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme a ser soberbio y vengativo. Me daban de comer cuanto quería, indistintamente a todas horas, sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme dentro de pocos meses cursiento, barrigón y descolorido. [...]

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente; siempre se incomodaba con estas boberías; era demasíadamente opuesto a ellas; pero amaba a mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara, a su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intención, que mi madre y mis tías se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y qué consentido y mal criado me educaron! ¿A mí negarme lo que pedía, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad o pernicioso a mi salud? Era imposible. ¿Reñirme por mis primeras groserías? De ningún modo. ¿Refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías, mis necedades y todas mis boberías pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor. Todos disculpaban mis extravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de: déjelo usted; es niño; es propio de su edad; no sabe lo que hace. ¿Cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?, y otras tonterías de este jaez, con cuyas indulgencias me pervertía más mi madre; y mi padre tenía que ceder a su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, especialmente acerca de la crianza o educación de sus hijos! Finalmente, así viví en mi casa los seis años primeros que vi el mundo. Es decir, viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber y no ignorando mucho de lo que me convenía ignorar.

El periquillo Sarniento, 1816, Lizardi, autor mexicano

Para saber más

Tema: Supervivencia // novelas picarescas españolas del Siglo de Oro

Asunto: se narra la historia de cómo El Periquillo Sarniento pasa por distintos problemas a través de su vida, superando cada uno de ellos y haciendo una sátira de su época.

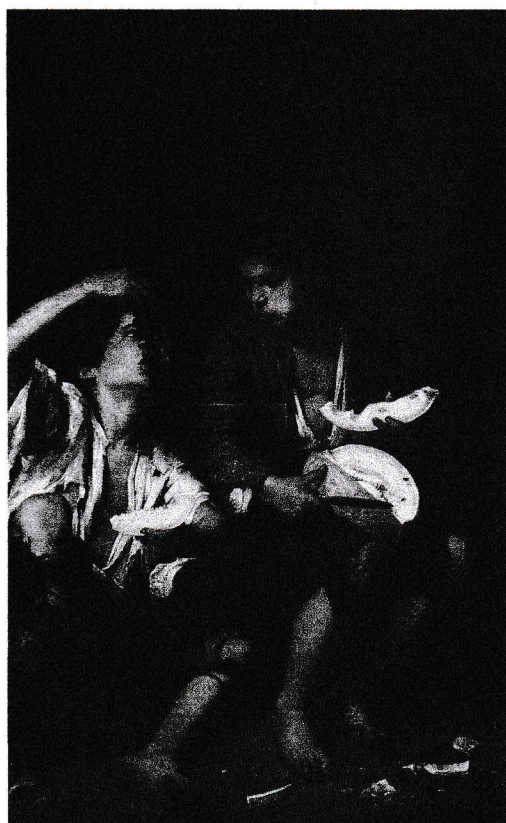
Argumento: Todo comienza en una habitación, en ella un hombre llamado Pedro Sarniento enfermo y resignado a morir, nos comienza a escribir los sucesos de su vida, con la intención de advertirle a sus hijos, los peligros que amenazan a los hombres en el curso de sus días.

Trad. n° 2
para mediados de agosto

Texto periodístico (parte 1)

A la sopa boba. La precariedad impulsa la imaginación. Escritores y pintores de la picaresca han representado cómo sobrevivir en la escasez. Para emprender no hay nada más audaz que el hambre. **POR ANDONI LUIS ADURIZ**

(cocinero "chef" español)



Niños comiendo uvas y melón, una pintura al óleo de Murillo.

POCOS DESGARROS SON tan maliciosos como una infancia rota. Precisamente por su fragilidad, esta se ve golpeada, despreciada, ensuciada con la desatención. Inocencias teñidas con el dolor del desamparo. Es lo que debió de sentir el pequeño Antonin Carême con 10 años, al ser abandonado en las calles de París por su padre, un estibador del río Sena. A pesar de eso, llegó a ser uno de los grandes nombres de la cocina de su tiempo.

Sigue habiendo niños callejeando solos por el mundo, infancias en el punto ciego del interés general. No tranquiliza conocer que antes había más. Porque siempre hubo más. Descalzos, desarrapados, mugrientos, jugando con cualquier cosa. En manos de un niño, un trozo de pan o una fruta se transforman en un interminable inventario de opciones con las que entretenerse. Simple como la envidia. Cuanto más desordenado e impreciso sea un objeto, sin una utilidad clara, más susceptible será de adquirir un papel en virtud de la necesidad del momento: ejercer de carruaje, moneda o alimento en una fingida tienda de comestibles. Es lo que tiene la infancia, que, aunque se le roben los derechos, no se le vulnera la ilusión.

En la España de los siglos XVI y XVII, la astucia infantil lle-

naba las calles. La precariedad impulsa a emprender, probando que no hay nada más audaz que el hambre, como bien retrató la novela picaresca en ese periodo de la historia, en el que el rico come, el pobre se alimenta y el pícaro mira, en palabras de Francisco de Quevedo. En *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* se retrata esa despena ordinaria a través de la casa de un clérigo: "Algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en una tabla o en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan". El fuego del hogar servía, adicionalmente, para secar y ahumar productos con el fin de dilatar una caducidad que, como el hambre, nunca caducaba. Bacalao o carnero secos junto a tajas de cabra adornaban el hogar y los sopicaldos. [...]



Trad. para la primera clase del curso
Texto periodístico (parte 2)
"A la sopa boba"

En las puertas de conventos y monasterios se repartía la sopa boba. Un aguachirri compuesto de mucha agua, poco vino blanco, mendrugos de pan, hortalizas y algunos huesos que se daba a los pobres, a los que se sumaban los estudiantes sin recursos, haciendo famosa la expresión "a la sopa boba" que se dice de aquel que vive sin trabajar y a expensas de otro.

Un periodo de rufianes buscavidas, señores mezquinos, clérigos avaros, regatones, frailes cebados, nobles corruptos, peste, pulgas, perros y muchachos callejeros en un mundo saciado de privaciones y desdichas en el que también había lugar para la ilusión inocente. *Niños comiendo uvas y melón, Tres muchachos, Anciana espulgando a un niño, El joven mendigo, Niños comiendo de una tartera o Jóvenes jugando a dados*, donde se contempla a dos mozuelos sentados jugando a los dados junto a un tercero que de pie mira al frente a la vez que mordisquea un mendrugo junto a una cesta con frutas. Lienzos que operan como instantáneas de una época facilitando referencias sobre el modo de vida y costumbres cotidianas. Bartolomé Esteban Murillo supo plasmar detalles de aquella despena del siglo XVI junto a la infancia en su plenitud. Tal vez por tal motivo, la niñez de Murillo se rebela contra el desánimo de la privación exhibiendo sonrisas abiertas, expresiones puras y vitales. Quería, en su visión del mundo, que los niños comiesen, aun sabiendo que las miserias humanas penetran por el punto más débil. —EPS

Fotografía de Óscar Oliva